

# Capítulo 1

---

## *París*

Lily inclinó la cabeza y sonrió a su compañero, Salvatore Nervi, mientras el *maître* la acomodaba en silencio y con elegancia en la mejor mesa del restaurante, al menos su sonrisa era genuina, aunque prácticamente era lo único auténtico en ella. El azul claro de sus ojos tenía el tono cálido del marrón castaño de las lentes de contacto, su rubia cabellera era ahora de color castaño visón, con algunos reflejos algo más pálidos. Cada día se retocaba un poco las raíces para que no se pudiera adivinar su verdadero tono. Para Salvatore Nervi ella era Denise Morel, que era un apellido bastante común en Francia, pero no tanto como para despertar sospechas en el subconsciente. Salvatore Nervi era receloso por naturaleza, cualidad que le había salvado la vida tantas veces que ni siquiera podía recordarlas. Pero si esa noche todo iba bien, su polla le llevaría a una trampa mortal. ¡Qué ironía!

Su pasado prefabricado no era muy meticuloso, no había tenido tiempo de preparárselo mejor. Esperaba que no mandara indagar mucho a su gente, que se le agotara la paciencia para escuchar todas las respuestas antes de hacer nada contra ella. Normalmente, si requería un pasado, en Langley se lo preparaban, pero esta vez iba por cuenta propia. Había hecho lo que había podido con el tiempo del

que había dispuesto. Probablemente, Rodrigo, el hijo mayor de Salvatore y el número dos de la organización Nervi, todavía estaría indagando, no tenía mucho tiempo antes de que descubrieran que Denise Morel había aparecido de la nada tan sólo unos meses atrás.

—¡Ah! —Salvatore se sentó en la silla con un suspiro de satisfacción y devolviéndole la sonrisa. Era un hombre atractivo de cincuenta y pocos años, con facciones típicamente italianas, pelo negro brillante, ojos totalmente negros y una boca sensual. Le gustaba mantenerse en forma y su pelo todavía no había empezado a aclararse o también era tan cuidadoso como ella con los retoques. Estás especialmente atractiva esta noche, ¿todavía no te lo había dicho?

Tenía el típico encanto italiano. Era una lástima que fuera un despiadado asesino. Bueno, también lo era ella. En ese aspecto, hacían buena pareja, aunque esperaba que no estuvieran igualados. Ella necesitaba tener algo de ventaja, aunque fuera pequeña.

—Sí, lo has hecho —respondió Lily, con una mirada dulce. Tenía un acento parisino, que había estado ensayando durante mucho tiempo—. Gracias, de nuevo.

El gerente del restaurante, *monsieur* Durand, se acercó a la mesa y se inclinó con una reverencia.

—Estamos encantados de tenerle de nuevo con nosotros, *monsieur*. Tengo buenas noticias: hemos conseguido una botella de Châteaueau Maximilien del ochenta y dos. Nos llegó ayer y cuando vi su nombre enseguida la reservé para usted.

—¡Excelente! —dijo Salvatore sonriendo. La cosecha de Burdeos del ochenta y dos había sido excepcional y quedaban muy pocas botellas. Las que había eran muy caras. Salvatore era un gran conocedor y estaba dispuesto a pagar cualquier precio por un vino especial. Más que eso, adoraba el vino. No adquiriría las botellas sólo para coleccionarlas, sino para bebérselas, disfrutarlas y deshacerse en elogios sobre sus sabores y aromas. Dirigió esa brillante sonrisa a Lily—. Este vino es ambrosía, ya lo verás.

—Lo dudo —respondió ella con calma—. Nunca me ha gustado el vino. Había dejado claro desde el principio que era una francesa poco corriente a la que no le gustaba el vino. Sus gustos eran deplorablemente plebeyos. En realidad a Lily le gustaba el vino, pero

para Salvatore no era Lily, sino Denise Morel y Denise sólo bebía café o agua embotellada.

Salvatore se rió entre dientes.

—Ya lo veremos —dijo. No obstante, pidió café para ella.

Era su tercera cita con Salvatore, desde el principio ella había sido demasiado fría para su gusto y las dos primeras veces que él la había invitado a salir, había rechazado su oferta. Eso había sido un riesgo calculado, pensado para no levantar sospechas. Salvatore estaba acostumbrado a que la gente reclamara su atención, su favor, no conocía el rechazo. La aparente falta de interés de Denise había despertado el suyo, ésa era la clave con la gente poderosa: siempre esperan que les vayan detrás. También se negó a ceder a sus gustos, como era el caso del vino. En sus dos citas anteriores, había intentado engatusarla para que probara su vino y ella se había negado tajantemente. Nunca había estado con una mujer que no hubiera intentado complacerle desde el principio y le intrigaba su actitud distante.

Odiaba estar con él, tener que sonreírle, hablarle, soportar el más mínimo roce. Casi siempre podía controlar su dolor y concentrarse en lo que tenía que hacer, pero a veces la ira y el sufrimiento la embargaban de tal modo que tenía que hacer un gran esfuerzo para no matarle con sus propias manos.

Ya le habría disparado si hubiera podido, pero estaba muy bien protegido. Antes de acercarse a él siempre la cacheaban, incluso en sus dos primeras citas que fueron en eventos sociales, también habían registrado a todos los invitados. Salvatore jamás subía a un coche en un espacio abierto, su chofer siempre le llevaba a lugares donde hubiera un pórtico para entrar y nunca iba a un sitio donde no pudiera salir del vehículo a cubierto. Si el lugar no reunía las condiciones adecuadas, no iba. Lily pensaba que debía tener una salida secreta y segura en su casa de París, a través de la cual podía entrar y salir sin que nadie lo supiera, pero si era así, todavía no la había descubierto.

Ese restaurante era su favorito, porque tenía una entrada privada cubierta que utilizaban la mayoría de los clientes. Era un establecimiento exclusivo, la lista de espera era larga y la mayor parte de las veces se hacía caso omiso de la misma. Los clientes pagaban bien por estar en un lugar familiar y seguro y el gerente ponía todos los me-

dios para garantizar dicha seguridad. No había mesas cerca de las ventanas frontales, en su lugar había grandes macetas con flores. Columnas de ladrillo repartidas por todo el comedor impedían toda visión directa desde las ventanas. El resultado era un lugar acogedor y lujoso. Un ejército de camareros vestidos de negro servía las mesas, retirando copas de vino, vaciando ceniceros, sacando migas y, en general, satisfaciendo todos los deseos de los clientes muchas veces antes de que éstos los manifestaran. En la calle había vehículos con las puertas reforzadas, cristales a prueba de bala y bajos blindados. En los coches había guardaespaldas que vigilaban celosamente la calle y las ventanas de los edificios colindantes de posibles amenazas, reales o no.

La única forma de eliminar ese restaurante y a todos los clientes mafiosos sería con un misil teledirigido. Cualquier otra cosa dependería de la suerte y en el mejor de los casos sería impredecible. Por desgracia, no tenía un misil teledirigido.

El veneno estaba en el Burdeos que le servirían en breve y era tan potente que incluso medio vaso bastaría para terminar con él. El gerente se había esforzado mucho para conseguir ese vino para Salvatore, pero Lily se había esforzado mucho más para que cayera primero en sus manos y que después *monsieur* Durand se enterara de la existencia de la botella. Cuando supo que iban a ir a cenar a ese restaurante, permitió que se realizara la entrega de la misma.

Salvatore intentaría convencerla para que probara el vino, pero en realidad no esperaba que lo hiciera.

Lo que probablemente sí esperaba era compartir su cama con ella esa noche, pero estaba destinado a tener una nueva decepción. Su odio hacia él era tal que tuvo que realizar un soberbio esfuerzo de autocontrol para permitir que la besara y aceptar su proximidad con cierta calidez. Nada en el mundo podría conseguir que él consiguiera más que eso. Además, no quería estar con él cuando el veneno empezara a actuar, que sería a las cuatro u ocho horas de su ingestión si el doctor Speer estaba en lo cierto respecto a sus cálculos, para entonces ella estaría saliendo del país.

Cuando Salvatore se percatara de que algo iba mal, sería demasiado tarde, el veneno ya habría hecho la mayor parte de su trabajo, le habría afectado a los riñones, al hígado y al corazón. Padeería una

insuficiencia masiva de todos los órganos. Tras la misma podría sobrevivir unas horas más o quizás un día entero hasta que su cuerpo perdiera la batalla. Rodrigo removería toda Francia para encontrar a Denise Morel, pero ella se habría vuelto a esfumar, al menos durante un tiempo. No tenía intención de permanecer desaparecida.

El veneno no era el arma que normalmente habría elegido, era la única que le quedaba debido a la obsesión de Salvatore por la seguridad. Ella prefería la pistola y la habría utilizado aún sabiendo que la habrían abatido en el acto, pero no había encontrado el modo de disimular un arma al acercarse a él. Si no estuviera trabajando por su cuenta, quizás... o quizás no. Salvatore había sobrevivido a varios intentos de asesinato y de todos ellos había aprendido. Ni un francotirador podría alcanzarle. Matar a Salvatore Nervi implicaba utilizar veneno o un arma de destrucción masiva que también acabaría con quienes tuviera alrededor. A Lily no le hubiera importado matar a Rodrigo o a alguien más de su clan, pero Salvatore era lo bastante listo como para asegurarse de que siempre hubiera inocentes cerca de él. Ella era incapaz de matar de ese modo tan indiscriminado, en eso, no se parecía a Salvatore. Quizás ésa fuera la única diferencia, pero por su propia cordura, era algo que debía conservar.

Ahora tenía treinta y siete años. Hacía ese trabajo desde los dieciocho, durante algo más de la mitad de su vida había sido una asesina y además de las buenas, de ahí que llevara tanto tiempo en ese negocio. Al principio su edad había sido una ventaja, era tan joven y con un rostro tan inocente que casi nadie la había visto como una amenaza. Ya no contaba con esa ventaja, pero la experiencia le había proporcionado otras. No obstante, esa misma experiencia también la había marcado, a veces hasta el punto de sentirse tan frágil como una cáscara de huevo agrietada: un poco más de presión y se rompería.

Quizás ya estaba rota y todavía no se había dado cuenta. Sentía que ya no le quedaba nada, que su vida era una desolada tierra yerma. Sólo podía ver su meta delante de ella: Salvatore Nervi iba a desaparecer y también el resto de su organización. Pero él era el primero, el más importante, porque había sido él quien había dado la orden de asesinar a las personas que más amaba. Después de este objetivo ya no podía ver nada más, ninguna esperanza, ni risa, ni ama-

necer. No le importaba nada la probabilidad de que quizás no sobreviviera a la misión que se había propuesto.

Eso en modo alguno la haría desistir de la misma. No era una suicida, sino una cuestión de orgullo profesional, se trataba de hacer el trabajo y salir limpia. Su corazón todavía albergaba la pequeña esperanza humana de que si podía resistir, un día ese terrible sufrimiento disminuiría y volvería a ser feliz. Esa esperanza era como una llama pequeña, pero brillante. Suponía que la esperanza era lo que mantenía vivas a la mayoría de las personas incluso en las situaciones más duras, la razón por la que tan pocas se rendían.

Dicho esto, no se engañaba respecto a la dificultad de su misión ni de sus oportunidades durante y después de la misma. Cuando hubiera finalizado el trabajo, desaparecería para siempre, suponiendo que siguiera viva. Los superiores de Washington no estarían contentos con ella por eliminar a Nervi. No sólo la buscaría Rodrigo, sino también su propia gente, y no pensaba que el resultado fuera muy distinto si caía en manos de unos o de otros. Había desaparecido de la base, por así decirlo, lo que significaba que no sólo era prescindible —siempre había sido así— sino que su desaparición sería deseable. En resumen, no estaba en una situación demasiado prometedora.

No podía ir a su casa, en realidad ya no tenía casa. Podía poner en peligro la vida de su madre y de su hermana, por no hablar ya de la familia de su hermana. De todos modos hacía un par de años que no hablaba con ninguna de ellas... no, hacía más de cuatro años que no llamaba a su madre. Quizás cinco. Sabía que estaban bien, porque había estado velando por ellas, pero la dura realidad era que ya no pertenecía a su mundo, ni ellas podrían comprender el suyo. Lo cierto era que hacía casi una década que no veía a su familia. Eran parte del «antes» y ella se encontraba irremediabilmente en el «después». Sus compañeros de trabajo se habían convertido en su familia y les habían asesinado.

Desde el día en que salió a la luz que Salvatore Nervi estaba detrás de las muertes de sus amigos, sólo se había centrado en una cosa: en acercarse lo suficiente a él para asesinarle. Él ni siquiera había intentado ocultar que había dado la orden de matarlos, los había utilizado como castigo ejemplar para demostrar que acercarse a él no era

una buena idea. No temía a la policía, con sus contactos era intocable por esa parte. Salvatore había hecho tantos favores a gente importante, no sólo en Francia sino en toda Europa, que podía actuar y, de hecho lo hacía, como le daba la gana.

De pronto se dio cuenta de que Salvatore le estaba hablando y que la miraba un tanto molesto al ver que ella no le prestaba atención.

—Lo siento —dijo Lily disculpándose—. Estoy preocupada por mi madre. Me ha llamado hoy y me ha dicho que se había caído por la escalera de su casa. Me ha querido tranquilizar diciéndome que no se había hecho daño, pero creo que es mejor que vaya a verla mañana para asegurarme. Ya tiene los setenta y la gente mayor se rompe los huesos con facilidad.

Fue una mentira ágil y no porque estuviera pensando en su verdadera madre. Salvatore era italiano hasta la médula, había adorado a su madre y comprendía la devoción familiar. Su expresión cambió al momento y se mostró preocupado.

—Sí, por supuesto, has de ir. ¿Dónde vive?

—En Toulouse —respondió, nombrando la ciudad más alejada posible de París que se le ocurrió, aunque todavía en Francia. Si le mencionaba Toulouse a Rodrigo, eso le proporcionaría unas horas mientras éste buscaba por el sur. Por supuesto, Rodrigo también podría pensar que había dicho esa ciudad para distraerlo, era cuestión de suerte que la treta funcionara. No podía preocuparse de lo que pensara el segundo de a bordo. Tenía que seguir su plan y esperar que funcionase.

—¿Cuándo regresarás?

—Pasado mañana, si todo va bien. Si no... —Se encogió de hombros.

—Entonces, tenemos que aprovechar bien esta noche. —La pasión que desprendían sus oscuros ojos reflejaba claramente sus intenciones.

Lily no disimuló. Más bien se retiró un poco y levantó las cejas.

—Quizás sí —dijo fríamente—, quizás no. —Su tono le estaba transmitiendo que no ardía en deseos de acostarse con él.

Su frialdad no hizo más que aumentar su interés e intensificó el ardor en sus ojos. Lily pensaba que quizás su rechazo le recordara a

sus días de juventud cuando había cortejado a su fallecida esposa, a la madre de sus hijos. Por lo que ella sabía, las jóvenes italianas de su generación guardaban celosamente su virginidad, quizás todavía lo hicieran. No había tenido oportunidad de relacionarse con chicas jóvenes de ningún país.

Se acercaron dos camareros, uno de ellos llevaba la preciada botella de vino como si de un valioso tesoro se tratara y el otro su café. Ella sonrió dando las gracias cuando le sirvieron el café y empezó a ponerse crema de leche pasando claramente de Salvatore mientras el camarero descorchaba la botella y le presentaba el tapón para que lo oliera. En realidad, su atención estaba totalmente puesta en la botella y en el ritual que estaba teniendo lugar. A los grandes catadores les encantaban estos rituales, que ella no entendía. Para Lily, el único ritual era verter el vino en la copa y beberse. No tenía el menor interés en oler el corcho.

Cuando Salvatore hizo el gesto de aprobación, el camarero, solemnemente y muy consciente de su audiencia, vertió el vino tinto en la copa. Lily contuvo la respiración en el momento en que Salvatore movió la copa, olió su *bouquet* y dio un primer sorbo para catarlo.

—¡Ah! —dijo cerrando los ojos en un gesto de placer—. ¡Maravilloso!

El camarero se inclinó como si fuera personalmente responsable de esa exquisitez, dejó la botella sobre la mesa y se marchó.

—Tienes que probarlo —le dijo a Lily.

—Sería un desperdicio —respondió ella bebiéndose su café—. Para mí esto es un sabor agradable —dijo señalando la taza—. El vino... ¡Ug!

—Este vino te hará cambiar de parecer, te lo prometo.

—Eso mismo me han dicho otras veces y se han equivocado.

—Sólo un sorbo, para el sabor —estaba intentando convencerla y por primera vez vio la llama de su temperamento en sus ojos. Era Salvatore Nervi y no estaba acostumbrado a que nadie le dijera que no, sobre todo una mujer a la que había honrado fijándose en ella.

—No me gusta el vino.

—No has probado *éste* —dijo él, tomando la botella, vertiendo un poco en otra copa y ofreciéndosela—. Si no consideras que es un



manjar de los dioses, jamás volveré a pedirte que pruebes otro vino. Te doy mi palabra.

Eso era cierto, puesto que estaría muerto. Igual que ella si probaba el vino.

Cuando se negó con la cabeza, salió su genio y puso brusca-mente la copa sobre la mesa.

—No harás nada de lo que te pido —le dijo mirándola—. Me pregunto por qué estás aquí. Quizás debería liberarte de mi compañía y poner fin a esta velada ¿no crees?

Nada le habría gustado más si él hubiera bebido más vino. No pensaba que un sorbo bastara para hacer todo el trabajo. Se suponía que el veneno era supertóxico y ella había inyectado suficiente cantidad a través del corcho para liquidar a varios hombres de su constitución. Si le abandonaba en plena discusión, ¿qué pasaría con esa botella de vino descorchada? ¿Se la llevaría o la dejaría en la mesa? Con lo caro que era ese vino, sabía que no se tiraría. O se lo bebería otro cliente o bien se lo tomarían los empleados.

—Muy bien —dijo ella tomando la copa. Sin dudarlo se la llevó a la boca y dejó que le mojara los labios, pero no se lo tragó. ¿Podía el veneno ser absorbido a través de la piel? Estaba casi segura de que así era, el doctor Speer le había dicho que llevara guantes de látex cuando lo manipulara. Ahora temía que su noche fuera más interesante si cabe, pero de un modo que no había planeado, aunque no podía hacer otra cosa. Ni siquiera podía tirar la botella al suelo porque los camareros entrarían inevitablemente en contacto con el vino mientras lo limpiaran.

No se molestó en disimular el estremecimiento que recorrió su cuerpo ante ese pensamiento y se apresuró a dejar de nuevo la copa sobre la mesa antes de secarse los labios con la servilleta, que luego dobló cuidadosamente para no tocar la zona manchada.

—¿Bien? —preguntó Salvatore con impaciencia, aunque había visto su gesto de desagrado.

—Uvas podridas —respondió ella encogiéndose de nuevo de hombros.

Se quedó atónito.

—¿Podridas? —No podía creer que no le gustara su exquisito vino.

—Sí. Pero lo que yo saboreo es su procedencia, que por desgracia son uvas podridas. ¿Estás satisfecho? —Ella también dejó ver parte de su temperamento—. No me gusta que me intimiden.

—No ha sido ésa mi intención.

—Sí lo ha sido. Me has amenazado con no volver a verme.

Salvatore tomó otro sorbo de vino tomándose un tiempo para responder.

—Te pido disculpas —le dijo con delicadeza—. No estoy acostumbrado a que...

—¿Te digan que no? —preguntó ella, imitándole bebiendo café. ¿Aceleraría la cafeína el efecto del veneno? ¿Lo ralentizaría la crema de leche?

Habría estado dispuesta a sacrificarse para asestarle un buen disparo en la cabeza, ¿por qué esto era diferente? Había reducido el riesgo todo lo que había podido, pero seguía habiendo un riesgo y el envenenamiento era una desagradable forma de morir.

Él encogió sus corpulentos hombros y la miró compungido.

—Justamente —dijo él, mostrando algo de su legendario encanto.

Cuando quería podía ser un hombre tremendamente encantador. Si no hubiera sabido quién era, posiblemente la hubiera seducido; de no haber estado al lado de tres tumbas ocupadas por los cuerpos de sus dos mejores amigos y de su hija adoptiva, puede que hubiera asumido que en su trabajo la muerte era algo bastante normal. Averill y Tina conocían los riesgos cuando entraron en el juego, igual que ella, pero su hija Zia de trece años era inocente. Lily no podía olvidar a Zia, ni tampoco perdonar. No podía tomárselo con filosofía.

Tres horas más tarde, cuando ya habían consumido la deliciosa comida y toda la botella de vino recorría ahora el estómago de Salvatore, se levantaron para marcharse. Era justo después de media noche y el cielo de noviembre escupía volutas de nieve que se fundían inmediatamente al entrar en contacto con el suelo mojado. Lily sintió náuseas, pero bien podía deberse a la tensión a la que había estado sometida durante la cena más que al veneno, que se suponía que debía empezar a actuar más tarde, no al cabo de tres horas.

—Creo que he comido algo que no me ha sentado bien —dijo ella al entrar al coche.

—No tienes que fingir encontrarte mal para no venir a casa conmigo.

—No estoy fingiendo —respondió ella ágilmente. Él giró la cabeza para contemplar la iluminación parisina mientras recorrían las calles en coche. Afortunadamente se había bebido toda la botella, estaba segura de que de todos modos la habría dejado por imposible.

Apoyó la cabeza en el cojín y cerró los ojos. No, no era tensión. Las náuseas aumentaban por momentos. Sentía una presión en la parte posterior de la garganta.

—¡Para el coche! Creo que voy a vomitar.

El chofer frenó —era curioso cómo esa amenaza en particular le había hecho instintivamente ir en contra de su entrenamiento— y ella abrió la puerta del vehículo antes de que las ruedas se hubieran detenido por completo, sacó la parte superior de su cuerpo y vomitó en la alfombrilla. Notó una mano de Salvatore en su espalda y otra en su brazo sujetándola, aunque se mantenía a una distancia de seguridad para no exponerse a la línea de fuego.

Cuando los espasmos hubieron vaciado su estómago, se dejó caer de nuevo en el interior del vehículo y se secó la boca con el pañuelo que silenciosamente le había pasado Salvatore.

—Te pido disculpas —dijo ella, escuchando con sorpresa lo débil y temblorosa que sonaba su voz.

—Soy yo quien ha de pedírtelas a ti —respondió él—. No creía que realmente te encontraras mal. ¿Quieres que te lleve a ver a un médico? Puedo llamar al mío.

—No, creo que ahora me encuentro mejor —mintió ella—. Por favor, llévame a casa.

Así lo hizo, con muchas preguntas solícitas y la promesa de llamarla a primera hora de la mañana. Cuando por fin el conductor se detuvo delante del edificio donde tenía su apartamento de alquiler, tomó a Salvatore de la mano.

—Sí, por favor, llámame mañana, pero no me beses, puede que tenga algún virus. —Con esa conveniente excusa, se puso el abrigo y se apresuró a través de la nieve que empezaba a cuajar, sin mirar hacia atrás mientras se alejaba del coche.

Llegó a su apartamento y cayó en la primera silla que encontró. No podía recoger sus cosas y dirigirse al aeropuerto como había pla-

nado en un principio. Quizás, después de todo eso fuera lo mejor. Ponerse en peligro era la mejor coartada. Si también estaba enferma debido al veneno, Rodrigo no sospecharía de ella, ni se preocuparía por lo que le había sucedido cuando se hubiera recuperado. En el supuesto de que sobreviviera.

Estaba muy tranquila mientras esperaba a que sucediera lo que tuviera que suceder.

## Capítulo 2

---

La puerta de su apartamento se abrió de golpe poco después de las nueve en punto de la mañana. Entraron tres hombres armados. Lily intentó levantar la cabeza pero, con un leve gemido, la dejó caer de nuevo sobre la alfombra que cubría el oscuro y pulido parqué.

Los rostros de los tres hombres flotaban delante de ella y uno se arrodilló girándole bruscamente la cara hacia él. Parpadeó e intentó enfocar. Rodrigo. Lily tragó saliva y le extendió la mano, pidiéndole ayuda silenciosamente.

No estaba fingiendo. La noche había sido larga y dura. Había vomitado varias veces y había tenido fiebre y escalofríos. Había padecido fuertes dolores en el estómago que la habían postrado en el suelo en posición fetal, gimiendo de dolor. Durante un tiempo pensó que su dosis había sido letal, pero ahora parecía que los dolores estaban remitiendo. Todavía se encontraba demasiado débil y enferma para levantarse del suelo, estirarse en la cama y telefonar para pedir auxilio. Una vez intentó llegar hasta el teléfono, pero su esfuerzo llegó a destiempo y no pudo alcanzarlo.

Rodrigo maldijo en italiano, enfundó su arma y espetó una orden a uno de sus hombres.

Lily hizo acopio de fuerzas y pudo susurrarle.

—No... te acerques demasiado. Puedo tener algo... contagioso.

—No —dijo él con su excelente francés—. No tienes nada con-

tagioso. Momentos después le habían puesto una suave manta por encima, con la que Rodrigo la envolvió antes de tomarla en sus brazos y levantarla con sorprendente facilidad.

Salió del apartamento y bajó por la escalera de atrás, donde estaba su coche esperando con el motor en marcha. El conductor saltó del vehículo al verle y abrió la puerta trasera.

Lily fue introducida bruscamente en el coche, con Rodrigo a un lado y los otros dos hombres al otro. Su cabeza colgó hacia atrás apoyándose sobre el respaldo del asiento y cerró los ojos, empezó a gemir otra vez al sentir de nuevo un dolor agudo en el estómago. No tenía fuerzas para sostenerse y notaba que empezaba a caerse de lado. Rodrigo emitió un sonido de exasperación, pero se acomodó de modo que ella pudiera apoyarse en él.

Su malestar físico había embargado la mayor parte de su conciencia, pero le quedaba una parte clara y fría en su cerebro que permanecía alerta. Todavía no estaba fuera de peligro, ni por el veneno ni por Rodrigo. De momento, él se estaba reservando su juicio, eso era todo. Al menos la llevaba a algún sitio para que recibiera tratamiento médico, eso esperaba ella. Probablemente no la estaba llevando a algún lugar alejado para matarla y deshacerse de su cuerpo, porque haberlo hecho en su casa habría sido mucho más fácil. Lily no sabía si alguien le habría visto sacándola de casa, pero había muchas probabilidades de que así fuera, aunque la había sacado por la puerta de atrás. Tampoco le importaba demasiado que alguien lo hubiera visto. Suponía que Salvatore estaría muerto o moribundo y que Rodrigo era ahora el jefe del clan de los Nervi; como tal habría heredado mucho poder, tanto económico como político. Salvatore había comprado a mucha gente.

Lily intentaba mantener los ojos abiertos, fijarse en el camino que tomaba el conductor, pero se le cerraban los párpados. Al final, se rindió y dejó de intentarlo. No importaba adónde la llevara Rodrigo, tampoco podía hacer nada al respecto.

Los otros hombres que había en el coche estaban en silencio, no hacían ningún comentario banal. La atmósfera era pesada y tensa, cargada de dolor, preocupación o incluso rabia. No podía adivinarlo puesto que no mediaban palabra. Hasta el ruido exterior del tráfico parecía desvanecerse y desaparecer por completo.

Al acercarse el vehículo se abrió la verja de la residencia y, Tadeo, el chófer, introdujo el Mercedes blanco a través del espacio que quedaba, de sólo unos centímetros de margen a cada lado. Rodrigo esperó hasta detenerse bajo el pórtico y Tadeo saltó del coche para abrir la puerta de los pasajeros antes de tomar a Denise Morel. Su cabeza colgó hacia atrás y se dio cuenta de que se había desmayado. Su rostro tenía un tono amarillo-blanquecino, los ojos miraban hacia arriba y desprendía el mismo olor que había notado en su padre.

El estómago de Rodrigo se encogió en un intento de contener su dolor. Todavía no se lo podía creer, Salvatore había muerto. Así de rápido. Aún no se había divulgado la noticia, pero sólo era cuestión de tiempo. Rodrigo no podría permitirse el lujo del duelo, tenía que actuar deprisa, consolidar su posición y tomar las riendas, antes de que sus rivales intentaran ganar posiciones como si de una jauría de lobos se tratase.

Cuando su médico particular dijo que la enfermedad de Salvatore parecía un envenenamiento por hongos, Rodrigo se movió con rapidez. Mandó a tres hombres al restaurante a buscar a *monsieur* Durand y llevarle a su residencia, mientras que él, con Tadeo al volante, se había llevado a Lamberto y a Cesare para ir a buscar a Denise Morel. Ella era la última persona que había visto a su padre antes de que éste cayera enfermo y el veneno era un arma de mujer, indirecta e indefinida, que dependía de la suerte y de la casualidad. Sin embargo, en este caso, había sido eficaz.

Pero si su padre había muerto por su causa, ella también se había envenenado en vez de abandonar el país. En realidad, no esperaba encontrarla en su apartamento, puesto que Salvatore le había dicho que se iba a Toulouse a visitar a su madre enferma; Rodrigo había pensado que era una buena excusa. Parecía que haberse equivocado, o al menos la posibilidad de que así fuera, era lo bastante fuerte como para no matarla *in situ*.

Salió del vehículo y colocó sus manos debajo de los brazos de Lily para sacarla. Tadeo le ayudaba a sostenerla hasta que pudo pasar la mano por debajo de sus rodillas y cogerla en brazos. Ella tenía una estatura normal, aproximadamente un metro sesenta y siete, pero estilizada; Rodrigo, a pesar de que en aquellos momentos ella era un peso muerto, la manejaba con facilidad.

—¿Todavía está Giordano? —preguntó, y recibió una respuesta afirmativa—. Dile que le necesito, por favor. —La llevó arriba a una de las habitaciones de invitados. Estaría mejor atendida en un hospital, pero Rodrigo no tenía ganas de responder a preguntas. Los funcionarios podían ser moleestamente *funcionarios*. Y si moría, habría muerto, pero habría hecho todo lo que estaba dispuesto a hacer. No parecía que Vincenzo Giordano fuera médico, pues ya no practicaba la medicina y pasaba todo el tiempo en el laboratorio de las afueras de París que Salvatore había fundado. Quizás si Salvatore hubiera pedido ayuda antes y le hubieran llevado a un hospital, todavía estaría vivo. No obstante, Rodrigo no habría discutido la decisión de su padre de llamar a Giordano, ni aunque hubiera sido consciente de ello. La discreción lo era todo, cuando la vulnerabilidad estaba en juego.

Estiró a Denise en la cama y se quedó de pie mirándola, preguntándose por qué se habría encaprichado tanto de ella su padre. No es que a Salvatore no le gustaran las mujeres, pero ésta no tenía nada de particular. Hoy lucía un aspecto terrible, su pelo estaba lacio y despeinado, tenía un terrible color a muerta, pero ni siquiera cuando iba arreglada era hermosa. Su rostro era demasiado delgado, austero e incluso tenía el labio superior un poco salido. No obstante, esa mala posición dental hacía que su labio superior pareciera más grueso que el inferior y eso le proporcionaba una gracia que de otro modo no hubiera tenido.

París estaba lleno de mujeres mucho más atractivas y más elegantes que Denise Morel, pero Salvatore la deseaba a ella, hasta el extremo de no haberla investigado lo suficiente antes de abordarla. Para su sorpresa, ella había rechazado sus dos primeras invitaciones y la impaciencia de Salvatore se había convertido en obsesión. ¿Su desmesurado interés por ella le había conducido a bajar la guardia? ¿Era esa mujer indirectamente responsable de su muerte?

Tan grande eran la pena y la rabia de Rodrigo que podría haberla estrangulado tan sólo ante esa posibilidad, pero bajo esos sentimientos había una voz fría que le decía que ella podría decirle algo que le conduciría al asesino.

Tenía que encontrar al autor del crimen y eliminarlo. El clan de los Nervi no podía permitir que la muerte de su padre quedara sin



vingar, de lo contrario su reputación se vería gravemente lastimada. Puesto que ahora se estaba metiendo en el papel de su padre, no podía permitirse la menor duda sobre sus capacidades o determinación. Tenía que encontrar a su enemigo. Por desgracia, las posibilidades eran infinitas. Cuando uno trata con la muerte y el dinero, el mundo entero está implicado. Puesto que Denise también se había intoxicado, debía incluso considerar si el autor o la autora podía ser alguna antigua amante celosa de su padre o algún ex amante de Denise.

El doctor Vincenzo Giordano golpeó educadamente en el marco de la puerta abierta y entró. Rodrigo le miró, el hombre tenía un aspecto demacrado, sus rizos generalmente impecables estaban desordenados, como si se los hubiera estado estirando. El buen doctor había sido amigo de su padre desde su juventud y lloró sin ocultarlo cuando Salvatore falleció dos horas antes.

—¿Por qué no está muerta? —preguntó Rodrigo, señalando a Lily que estaba en la cama.

Vincenzo le tomó el pulso a Denise y la auscultó.

—Todavía puede morir —dijo pasándose una mano por su agotado rostro—. Su ritmo cardíaco es demasiado rápido y débil. Pero quizás no ingirió tanto veneno como tu padre.

—¿Todavía cree que fueron setas?

—Dije que principalmente *parecía* una intoxicación por setas. Pero hay diferencias. Por una parte, la velocidad con la que ha actuado. Salvatore era un hombre fuerte y robusto, no se encontraba mal cuando llegó a casa, casi a la una de la madrugada. Murió seis horas más tarde. Las setas actúan más despacio, hasta las más mortíferas necesitarían al menos dos días para matar a alguien. Los síntomas eran muy similares; la velocidad no.

—¿No era cianuro o estricnina?

—Estricnina, no. Los síntomas no son iguales. Y el cianuro mata en cuestión de minutos provocando convulsiones. Salvatore no tuvo convulsiones. Los síntomas de envenenamiento por arsénico son algo parecidos, pero también lo bastante distintos para descartarlo.

—¿Existe algún modo de saber con seguridad qué se utilizó?

Vincenzo suspiró.

—Ni siquiera estoy seguro de que sea un veneno, podría tratarse de algún virus, en cuyo caso todos habríamos estado expuestos.

—Entonces, ¿por qué no ha enfermado el chófer de mi padre? Si se trata de un virus que actúa en horas, él también debería estar enfermo ahora.

—He dicho que *podría ser*, no que lo *fuera*. Puedo hacer análisis, si me permites examinar el hígado y los riñones de tu padre. Puedo comparar su sangre con la de... ¿Cómo se llama?

—Denise Morel.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Me habló de ella. —Los oscuros ojos de Vincenzo estaban tristes—. Creo que estaba enamorado.

—¡Bah! Habría perdido el interés en ella. Siempre lo perdía. —Rodrigo movió la cabeza, como si se estuviera aclarando la mente—. Ya basta. ¿Puedes salvarla?

—No. Sobrevivirá o no. Pero yo no puedo hacer nada.

Rodrigo dejó a Vincenzo con sus pruebas y se fue a la habitación del sótano donde sus hombres tenían retenido a *monsieur* Durand. El francés tenía muy mal aspecto, hileras de sangre caían de su nariz, pero principalmente los hombres de Rodrigo se habían concentrado en golpearle en el cuerpo, que era más doloroso y no tan visible.

—¡Señor Nervi! —dijo con voz ronca el gerente del restaurante al ver a Rodrigo y empezó a llorar desconsoladamente—. Por favor, sea lo que sea lo que haya sucedido, yo no sé nada. ¡Se lo juro!

Rodrigo tomó una silla y se sentó delante de *monsieur* Durand, recostándose y cruzando sus largas piernas.

—Mi padre comió algo en su restaurante la pasada noche que no le sentó bien —lo dijo minimizando al máximo lo ocurrido.

Una expresión de total desconcierto y asombro se reflejó en el rostro del francés. Rodrigo pudo leer sus pensamientos: ¿le estaban pegando hasta destrozarlo sólo porque Salvatore Nervi había tenido una *indigestión*?

—Pero, pero —farfulló *monsieur* Durand—. Le devolveré el dinero, por supuesto, sólo tenía que decírmelo. —Luego se atrevió a decir—. Esto no era necesario.

—¿Comió setas? —preguntó Rodrigo.

Otra mirada de asombro por parte del gerente.

—Él sabe que no. Pidió pollo con espárragos en salsa de vino y *mademoiselle* Morel tomó halibut. No, no había setas.

Uno de los hombres que había en la habitación era el chófer habitual de Salvatore, Fronte, se inclinó y le susurró a Rodrigo algo al oído. Rodrigo asintió con la cabeza.

—Fronte dice que *mademoiselle* Morel se encontró mal justo después de abandonar su restaurante. —Entonces, ella se puso enferma primero, pensó él. ¿Había sido ella la primera en tomar el veneno que ingirieron o bien había actuado antes en ella, por su complejión más frágil?

—No fue mi comida, *monsieur* —Durand se sintió gravemente ofendido—. Ninguno de nuestros otros clientes se puso enfermo, ni hemos tenido ninguna queja. El halibut no estaba en mal estado y aunque lo hubiera estado, *monsieur* Nervi no lo comió.

—¿Qué comida compartieron?

—Nada —respondió rápidamente *monsieur* Durand—. Salvo, quizás a excepción del pan, aunque no vi que *mademoiselle* Morel comiera pan. El señor tomó vino, un Burdeos excepcional y la señorita bebió café como de costumbre. El señor insistió en que probara el vino, pero no era del agrado de la señorita.

—Entonces, compartieron el vino.

—Sólo un pequeño sorbo. Como ya le he dicho, a ella no le gustaba. La señorita no bebe vino. —El gesto típicamente francés de encogerse de hombros daba a entender que no comprendía esa peculiaridad de la señorita, pero que así era.

Pero aquella noche ella había bebido vino, aunque sólo hubiera sido un sorbo. ¿Era el veneno tan potente que bastaba con un sorbo para poner en peligro su vida?

—¿Quedó algo de vino?

—No, *monsieur* Nervi se lo bebió todo.

Lo cual era bastante normal. Salvatore tenía una gran capacidad para aguantar la bebida, por lo que bebía más que la mayoría de los italianos.

—La botella. ¿Todavía tiene la botella?

—Ahora estará en el contenedor de basura, estoy seguro. Se encuentra en la parte posterior del restaurante.

Rodrigo ordenó a dos de sus hombres que fueran a buscar la botella de Burdeos vacía al contenedor y que regresaran con *monsieur* Durand.

—Muy bien. Usted será mi invitado —le dijo con una fría sonrisa— hasta que esa botella y sus posos hayan sido analizados.

—Pero eso puede...

—Llevar días, sí, es cierto. Estoy seguro de que usted lo entiende. —Quizás Vincenzo pueda obtener las respuestas en su laboratorio con mayor rapidez, pero eso está por ver.

*Monsieur* Durand dudó.

—Su padre... ¿está muy enfermo?

—No —respondió Rodrigo, levantándose—. Está muerto. —Una vez más las palabras atravesaron su corazón como si fueran flechas.

Al día siguiente, Lily sabía que viviría; el doctor Giordano necesitó otros dos días para llegar a esa misma conclusión. Ella precisó tres días enteros para poder levantarse de la cama y darse ese baño que tanto necesitaba. Le temblaban tanto las piernas que tuvo que agarrarse a los muebles para poder llegar al baño, la cabeza le daba vueltas y su visión todavía era un poco borrosa, pero sabía que ya había pasado lo peor.

Había intentado permanecer consciente a toda costa y había rechazado los medicamentos que le había dado el doctor Giordano para aliviarle el dolor y que pudiera dormir. Aunque se hubiera desmayado durante su estancia en lo que evidentemente era la mansión de los Nervi, no quería estar drogada. A pesar de su dominio del francés, no era su lengua nativa; y si hubiera estado sedada, podía haber salido su inglés americano. Ella fingía tener miedo a morir mientras dormía, les decía que sentía que podía luchar contra el veneno si estaba despierta y aunque el doctor Giordano sabía que médicamente eso era absurdo, había cedido a sus deseos. A veces, la condición mental del paciente era más importante para su recuperación que la condición física.

Cuando poco a poco pudo salir del magnífico cuarto de baño de mármol, Rodrigo estaba sentado en la silla que había junto a la cama,

esperándola. Iba vestido todo de negro, con cuello alto y pantalones, un oscuro presagio en el dormitorio blanco y crema.

Inmediatamente, todos sus instintos se pusieron en estado de máxima alerta. No podía jugar con Rodrigo como lo había hecho con Salvatore. Por una parte, por listo que fuera Salvatore, su hijo lo era más, más duro, más astuto y eso era mucho decir. Por otra, Salvatore se sentía atraído hacia ella y Rodrigo no. Para el padre ella era una mujer más joven, una conquista, pero era tres años mayor que Rodrigo y además no le faltaban mujeres.

Llevaba sus propios pijamas que Rodrigo había cogido de su apartamento el día anterior, pero se alegraba de haber encontrado el grueso albornoz que había en un colgador del cuarto de baño. Rodrigo era uno de esos hombres claramente sexuales que hacían que las mujeres se fijaran mucho en él y ella no era inmune a esa faceta de su personalidad, aunque sabía suficientes cosas desagradables de él como para enfriarse. No era inocente de la mayoría de los crímenes que había cometido su padre, aunque sí lo era de los asesinatos que la habían llevado a su venganza personal; dio la coincidencia de que Rodrigo estaba en Sudamérica en aquellos momentos.

Llegó a la cama con dificultad, se sentó y se agarró a uno de los barrotes del pie de la cama. Tragó saliva y se dirigió a él.

—Me has salvado la vida. —Su voz era fina y débil. *Ella* era delgada y estaba enferma, no estaba en forma para protegerse.

Rodrigo se encogió de hombros.

—No, según parece. Vincenzo, el doctor Giordano, dijo que no había nada que pudiéramos hacer para ayudarte. Te has recuperado sola, aunque no sin secuelas. Una válvula del corazón, creo que dijo.

Ya lo sabía porque el doctor Giordano se lo había dicho esa misma mañana. Sabía que podía sucederle eso cuando se arriesgó.

—No obstante, tu hígado se recuperará. Hoy tienes mucho mejor aspecto.

—Nadie me ha contado lo que ha pasado. ¿Cómo supiste que estaba enferma? ¿Ha enfermado también Salvatore?

—Sí —respondió él—. Pero no se recuperó.

Como no iba a reaccionar con un «¡Bien!», deliberadamente pensó en Averill, Tina y Zia, una adolescente larguirucha, con un rostro brillante y alegre y una interminable verborrea. ¡Dios mío!

¡Cuánto la echaba de menos! Sintió una punzada en el centro de su corazón. Las lágrimas inundaron sus ojos y empezaron a caer por sus mejillas.

—Fue veneno —dijo Rodrigo, con una expresión y un tono de voz tan tranquilos como si estuviera hablando del tiempo. No obstante, ella no se dejó engañar, sabía que tenía que estar furioso—. Estaba en la botella de vino. Parece ser un veneno sintético de diseño, muy potente; cuando aparecen los síntomas, ya es demasiado tarde. *Monsieur* Durand, el gerente del restaurante, nos ha dicho que probaste el vino.

—Sí, un sorbo. —Se secó las lágrimas de la cara—. No me gusta el vino, pero Salvatore insistió y se estaba enfadando porque no quería probarlo, así que lo probé... sólo un sorbito, para complacerle. Era repulsivo.

—Has tenido suerte. Según Vincenzo, el veneno es tan fuerte que si hubieras bebido algo más, si el sorbo no hubiera sido tan pequeño, estarías muerta.

Lily se estremeció recordando el dolor y los vómitos; se había puesto así de mal con tan sólo mojarse los labios, sin tragar ni un sorbo.

—¿Quién ha sido? Cualquiera podía haber bebido ese vino, ¿se trata de algún terrorista al que no le importaba quién muriera?

—Creo que mi padre era el objetivo, todo el mundo conocía su pasión por el vino. La cosecha del Château Maximilien del ochenta y dos es muy difícil de encontrar, sin embargo, la botella llegó misteriosamente a manos de *monsieur* Durand el día antes de que mi padre hiciera la reserva en su restaurante.

—Pero podía haber ofrecido ese vino a otro cliente.

—¿Y arriesgarse a que mi padre se enterara de que no se lo había ofrecido a él? No lo creo. Esto me hace pensar que el envenenador conoce muy bien a *monsieur* Durand, su restaurante y a su clientela.

—¿Cómo lo hizo? Descorcharon la botella delante de nosotros. ¿Cómo pudo alguien envenenar el vino?

—Supongo que utilizaría una aguja hipodérmica muy fina para inyectar el veneno a través del corcho. No se habría notado. También podría haber sucedido que el asesino dispusiera del equipo ade-

cuado, hubiera descorchado la botella y la hubiera vuelto a cerrar. Para el gran consuelo de *monsieur* Durand, no creo que ni él ni el camarero que sirvió la mesa sean culpables.

Lily llevaba tanto rato fuera de la cama que las piernas le empezaban a temblar de debilidad. Rodrigo notó los temblores que ya se percibían por todo el cuerpo.

—Puedes quedarte hasta que te hayas recuperado por completo —dijo educadamente, mientras se ponía en pie—. Si necesitas algo sólo tienes que pedirlo.

—Gracias —respondió ella, acto seguido pronunció la mentira más grande de toda su vida—. Rodrigo, siento muchísimo lo de Salvatore. Era...era... —Era un asqueroso asesino hijo de puta, pero ahora era un asqueroso asesino muerto. Se las arregló para soltar alguna lágrima más, visualizando el rostro de Zia.

—Gracias por tus condolencias —dijo él sin expresar nada y salió de la habitación.

No interpretó una danza de la victoria, estaba demasiado débil y por lo que sabía había cámaras ocultas en la habitación. Se volvió a meter en la cama e intentó refugiarse en el sueño reparador, pero se sentía demasiado triunfal para quedarse dormida.

Parte de su misión había sido un éxito. Ahora lo que tenía que hacer era desaparecer antes de que Rodrigo descubriera que Denise Morel no existía.